

EDITORIAL

APOSTOLES O TRABAJADORES

EL CONCEPTO SOCIAL que se tiene del médico dista mucho del que se tiene de otras profesiones. El médico ha sido considerado un apóstol que va por la vida haciendo el bien, y es sobre esta base que se le admite una jerarquía superior, al mismo tiempo que se le pide una vida de austeridad y de modestia. En estas condiciones poco se discurre sobre las necesidades económicas de los facultativos, excepto por ellos mismos, que reclaman al menos, igual trato que otros doctores sociales semejantes.

A la fecha el mundo avanza siguiendo patrones de índole materialista, se desquicia el individualismo y nacen pujantes las tendencias sociales; el trabajo humano es la mejor mercancía para mantener un vivir decoroso, y por todo ello se han cambiado las normas en el juicio del apóstol que el médico era, para convertirlo en lo que también es, un simple trabajador al servicio de la medicina.

Se escucha a menudo que somos los médicos, hombres con las mismas urgencias económicas y las mismas preocupaciones que los demás, que lo de apóstol debe desaparecer para evitar que se explote nuestro trabajo con el pretexto de que nuestra misión es fundamentalmente humanitaria y no amerita ser pagada en la misma proporción que las demás actividades.

Como consecuencia de estas ideas en el mundo nuevo en que vivimos, han nacido entre los profesionales, asociaciones médicas de tipo sindical, mutualistas y de defensa de los intereses económicos del médico. Nos equiparamos a los otros gremios sindicales y exigimos presta-

ciones y salarios decorosos, jornada no mayor de 8 horas, firma de un contrato colectivo, pago de horas extras, compensación por horario nocturno, protección para enfermedades e invalideces y pensión para los deudos en caso de fallecimiento.

Pedir todo esto es bueno y necesario, sobre todo en esta época en que el porvenir económico del médico está dictado casi íntegramente por los salarios que fija el Estado; mas al mismo tiempo, siendo una postura puramente burocrática, peligra hacer aparecer nuestro arte como deshumanizado, lo cual nos quita jerarquía moral y con ella una posición digna y respetable desde la cual exponer nuestras exigencias.

Creemos que la verdad reside en admitir y aún luchar porque estas conquistas se hagan totalmente realidad, pero sin que deban conducirnos obligadamente a renunciar a nuestro apostolado, pues no es incompatible o por lo menos no debe serlo con el nuevo ejercicio que ahora se gesta. No es apóstol quien renuncia un derecho o desatiende una necesidad, sino quien apasionadamente siembre una fe o propaga una buena nueva. El médico tendrá siempre un trabajo de mayor rango que los demás profesionales, porque la cosa más grande que tiene el hombre, "la vida", provee el material con el que labora.

Por eso nuestra actividad comprende, al lado de una preparación científica concienzuda, un sentimiento de solidaridad hacia los demás que es complementado por una comprensión clara de lo que la sociedad nos exige y lo que debemos darle. Sería necio empeñarnos en rebajar nuestra categoría para igualarla a la tarea administrativa del empleado que archiva expedientes o del chofer que maneja una ambulancia; defender nuestra jerarquía es al propio tiempo defender la nobleza de nuestra profesión.

C. V. L.